

ALLENDE DESDE MEXICO

Socorro Díaz Palacios. Licenciada en Periodismo. Directora del diario El Día, Senadora de la República, dirigente nacional del Partido Revolucionario Institucional.



Con la honrosa representación de nuestro partido asistimos a este acto de firme y renovada combatividad a expresar la solidaridad activa y militante de los grandes sectores nacionalistas, progresistas y democráticos de México con la lucha creciente, llamada al triunfo, del pueblo de Chile.

Bajo la invocación de la figura luminosa y ejemplar del presidente mártir de América, del compañero presidente Salvador Allende, venimos hoy a ratificar compromisos solidarios y a reflexionar juntos en torno al presente y al futuro de los pueblos que habitan esta América nuestra.

Hace nueve años la traición facciosa y la intervención extranjera cegaron en el Palacio de La Moneda, la vida de un hombre cuyo nombre es historia. Símbolo de las luchas sociales de América Latina, combatiente por las causas que son comunes a todos los países que han padecido la impronta del colonialismo, de la expoliación de su riqueza humana, del saqueo de sus recursos naturales, Salvador Allende, encarnación del poder popular democrático de su Patria, emprendió un camino de transformación revolucionaria

Discurso; Homenaje a Allende, México DF. IX-1982. Cuadernos de Casa de Chile No. 35, México, 1982.

que no está cancelado. Está y seguirá vigente mientras los pueblos del mundo, en especial los del continente, padezcan el atraco, la opresión, las desigualdades y la injusticia.

Para los pueblos latinoamericanos en general, y el pueblo de México, en particular, los esfuerzos del gobierno "popular, nacional democrático y revolucionario" que encabezó Allende resultan extrañablemente comprensibles y cercanos. Somos producto de circunstancias históricas comunes y enfrentamos retos similares.

La concepción de Allende

En el liderazgo político e histórico de Salvador Allende, consolidado mediante un proceso electoral ejemplarmente democrático, aparece como signo inequívoco el afianzamiento, la expresión de la soberanía popular. Por voluntad soberana de su pueblo, único depositario de la soberanía nacional, Allende asumió constitucionalmente la Presidencia de su país con el compromiso de convertir en realidad, mediante acciones concretas, el programa de la unidad Popular.

Contra las visiones reduccionistas, la estrategia sostenida por el presidente Allende planteó como meta superior lograr la plena liberación social y nacional del pueblo chileno, porque está claro que en nuestros países la lucha por la justicia social está ineludiblemente vinculada a la lucha contra el expansionismo económico y las prácticas de dominación de la potencia hegemónica del continente.

En esta concepción clara se fincan los lineamientos fundamentales de su programa de gobierno. Al profundo, sincero nacionalismo capaz de rescatar para la soberanía popular las riquezas fundamentales del país, se agregó un importante ciclo de reformas profundas, encaminadas a abatir las desigualdades en el reparto de los frutos nacionales. Se trataba de limitar los privilegios de una minoría, atemperar la pobreza de los más y salvaguardar los intereses generales de la nación y del pueblo. De esta manera se plantearon los imperativos de combatir la acción lesiva de los monopolios que asfixiaban la economía chilena, de llevar adelante una sólida reforma fiscal, de romper la columna del latifundismo, mediante una reforma agraria que diera tierra y trabajo a los campesinos; se estableció, también, la conveniencia de nacionalizar los bancos.

El proceso de cambio revolucionario postulado por el presidente Allende tiene un sentido radical. Radical en su más exacta connotación etimológica. De acuerdo a su pensamiento, todo proyecto nacional de desarrollo es afán que corresponde delinear a cada pueblo, debe ser producto de una reflexión propia. Con raíces firmemente hincadas en la historia chilena, en la experiencia chilena, el camino que decidió recorrer para lograr que Chile dejara de ser —según sus palabras— un país rico con un pueblo pobre, para que fuera un país independiente con un pueblo próspero, fue el de las reivindicaciones nacionalistas y populares, en un marco respetuoso de la voluntad democrática, del pluralismo y de la libertad.

Propugnó la construcción de una nueva sociedad justa, democrática, independiente, en la que el valor de estos conceptos no apareciera gastado por el uso abusivo de las palabras que no están respaldadas con actos. A la sociedad que buscó modificar la caracterizó con rigor, en México, durante la visita de Estado que hizo en 1972. El imperativo es construir una sociedad diferente a la actual —dijo—, donde “hay violencia institucionalizada, cuando un madre tiene un hijo que se muere en sus brazos y no tiene atención médica, cuando los campesinos no pueden enseñar o hacer que se les enseñe a sus hijos, cuando el anciano no tiene una pensión que le garantice las últimas horas de su vida”.

Coincidencias innegables

Puede afirmarse, con objetividad, que la solidaridad decidida del pueblo y el gobierno de México con la dura lucha que encabezó el presidente Allende y mantiene, en medio de vicisitudes y dramas y esperanzas, el pueblo de Chile encuentra su raíz profunda en coincidencias innegables en cuanto a valores, aspiraciones y metas.

Aquí en México, los postulados fundamentales de nuestro partido, fincados en los valores del nacionalismo revolucionario, la libertad, la democracia y la justicia social están de pie y en marcha, vigorizados, renovados y puestos al día después del intenso período de consulta popular, propio de la campaña electoral recientemente terminada.



“Al concluir un proceso que conduce una vez más a México a la transmisión institucional y pacífica de los mandos de la República”, el presidente electo de México, Miguel de la Madrid, ratificó los compromisos de su programa electoral y precisó apenas antier: “México votó mayoritariamente por una sociedad más igualitaria. No dejaremos en nuestro empeño por avanzar en esa dirección. Combatiremos con la ley y con las acciones del gobierno todas las desigualdades que debilitan a la nación y que nos apartan de nuestro proyecto histórico. Sé bien que la libertad y la democracia requieren de una sociedad más justa”.

La voluntad de vivir y de luchar de México se reafirma en medio de circunstancias internacionales de enorme gravedad, pero también de esperanza. No resulta aconsejable fatigar a una asamblea integrada por ciudadanos informados y observadores atentos de la realidad nacional, continental y mundial haciendo un recuento de los signos ominosos y los impulsos vitales que caracterizan la vida política y económica de nuestro tiempo. Cuando mucho vale una referencia sintética.

La violenta embestida contra los propósitos nacionalistas, democráticos, justicieros y libertarios de numerosos pueblos del Tercer Mundo tiene como punto de partida a Chile, 11 de septiembre de 1973, también en los primeros años setenta se inicia la llamada “guerra económica”. Hoy asistimos al resquebrajamiento del orden económico internacional impuesto por Estados Unidos en su calidad de triunfador de la II Guerra Mundial. Presenciamos los esfuerzos para asfixiar la distensión internacional que empezó a disfrutarse en la década de los sesenta. Advertimos en contrapunto los renovados impulsos populares y una resistencia generalizada al propósito de colocar al mundo, otra vez, al borde del abismo. La contradicción es explicable. Los pueblos no pueden, no deben resignarse a un futuro de hambre y guerra. Exigen legítimamente pan, paz, trabajo y vida.

Un registro riguroso de todos esos hechos reales y encontrados aparece en la realidad mexicana de los últimos meses. El gobierno de la República que encabeza el presidente José López Portillo ha debido actuar desde hace alrededor de un año bajo el peso de dos fenómenos que eviden-

cian las distorsiones y los atropellos de un injusto orden económico internacional que privilegia los intereses de los países que más riquezas han acumulado y castiga al gran número de naciones y de pueblos que llegaron tarde a la revolución industrial y han vivido luchando contra las rémoras del colonialismo, de la opresión, de la expoliación de sus riquezas humanas, del saqueo de sus recursos naturales. El gobierno de la República enfrentó, en plazos acelerados, el derrumbe de los precios de las materias primas —el petróleo, la plata, el café, entre otras— y el alza desmesurada de las tasas de interés en los mercados económico y financiero internacionales.

Al mismo fenómeno se refería el presidente Allende, ante los estudiantes del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara, cuando reflexionaba en términos sencillos: “somos países productores de materias primas e importadores de artículos manufacturados, vendemos barato y compramos caro... Somos países en donde el gran capital financiero busca, y encuentra, por complacencia culpable muchas veces de gente que no quiere entender su deber patriótico, la posibilidad de acrecentarse... Somos países ricos potencialmente y vivimos como pobres. Para poder seguir viviendo, pedimos prestado. Pero al mismo tiempo somos países exportadores de capitales...”

Chile no está tranquilo

Hemos sido y seguiremos siendo aliento fraternal de las fuerzas políticas democráticas y revolucionarias de Chile que luchan por restaurar la democracia política, económica y social en su Patria. Al margen de los juicios subjetivos estamos ciertos —y aquí evocamos a Juárez, héroe antimperialista y victorioso— que el triunfo histórico de la reacción neofascista es moralmente imposible. La banda armada que tomó por asalto el poder en Chile no sólo está cubierta de desprestigio y de oprobio, también ha demostrado la incapacidad, la ineficiencia, la debilidad de los grupos de fuerza para cumplir la responsabilidad de conducir a una nación y a un pueblo. Está claro: se gobierna con el pueblo, por el pueblo, para el pueblo; no sin el pueblo o todavía más contra el pueblo.

Son nueve años de tiranía. También de resistencia y de lucha. Chile no está tranquilo y no puede estarlo. El dictador está intranquilo y tiene motivos suficientes para no encontrar paz en las calles y en la conciencia. El pueblo vive la efervescencia de la ira y la rebelión, y le asiste la razón y el derecho. El grupo autonombrado de reconstrucción nacional ha cometido a la nación y al pueblo de Chile, una lista interminable de agravios, que empiezan con la puesta en venta, literalmente, del país en su conjunto, que pasan por la represión sistemática y generalizada que ha causado decenas de miles de muertos y más de un millón de chilenos en el exilio y concluyen con la miseria y la explotación inicu de los trabajadores.

Ha fracasado el modelo económico libreempresista aplicado con recetario por los alumnos ortodoxos de Friedman, ha fracasado el terror ejemplarizante que implementó la mano armada —las fuerzas populares y democráticas se

han reorganizado—; ha fracasado la intentona de imponer, a punta de cañones, la paz, el orden y el progreso. Aquí se cumple la frase atribuida indistintamente a Talleyrand y a Napoleón. En Chile, el militarismo antipatriótico y antipopular, plaga de América Latina, ha empezado a aprender que “para todo sirven las boyonetas, menos para sentarse en ellas”. Tiene, pues, ese militarismo antipatriótico y antipopular en América Latina un presente difícil y carece de futuro.

Hemos aprendido mucho

La actividad política, la lucha democrática, es de suyo aprendizaje, autocrítica, experiencia y reafirmación. Tenemos la certidumbre de que los errores internos de apoyo y conducción por parte de las fuerzas revolucionarias no fueron —a menos que quieran magnificarlos— el factor determinante para retrasar el gran proyecto político de Salvador Allende. Resulta indiscutible el papel que jugó la presión económica, política y social ejercida, fraguada, organizada desde el exterior. La capacidad intervencionista fue más fuerte en la mayor parte de los casos que la organización, la eficiencia y la oportunidad de la voluntad solidaria.

De todo esto hemos aprendido. En los últimos años se han dado pasos relevantes para fortalecer y defender la democracia en el área latinoamericana. Mantener y ampliar los instrumentos de coordinación y solidaridad es imperativo. Lo exigen los principios vertebrales del derecho internacional que México defiende y sustenta de autodeterminación de los pueblos, de no intervención, y solución pacífica de las controversias. La Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina, cuya presidencia y secretaría ejecutiva corresponden a dirigentes de mi partido, el Partido Revolucionario Institucional de México, y el Parlamento Latinoamericano, son posibilidades y paradignas.

Las fuerzas nacionalistas, democráticas y revolucionarias del continente estamos enfrentadas a dificultades prácticamente inéditas pero también a grandes posibilidades de avance y de victoria. Con similitudes y diferencias los caminos del cambio histórico están abiertos para cada pueblo, de acuerdo a su circunstancia.

Para varias generaciones de latinoamericanos el ejemplo de Salvador Allende es llamado a la conducta consecuente, al establecimiento de compromisos indeclinables, a la defensa de principios y programas con palabras y con hechos. El 5 de noviembre de 1970, al día siguiente de su toma de posesión como Presidente Constitucional de Chile, el dirigente que hoy nos convoca y congrega en homenaje mercedísimo, afirmó, con voz que hasta nosotros llega:

“Tienen por eso el deber de dar impulso a nuestro avance

Conviertan el anhelo en más trabajo

Conviertan la esperanza en más esfuerzo

Conviertan el impulso en realidad concreta”.

Sabía el líder político, el luchador social, el estadista, que sólo así se abrirán las grandes alamedas para que transite el hombre nuevo.